

*Para tantos amigos de Ancares y Fornela, cuyo diario esfuerzo impide el desarraigo de esta hermosa tierra.*

*Pudo no ser cierto, quizá todo fue el fruto de la imaginación de un muchacho de quince años en una noche de noviembre. A mi me lo contaron siendo niño, al calor del hogar, en esas largas veladas de invierno cuando, por fortuna, no había televisión y yo os lo cuento ahora...*

## «BRUJA'S»

por PEDRO VIZCAY GONZALEZ

**C**uando amanece, ya subo la empinada vereda que desde la carretera asciende serpenteando el robledal. El sendero, que se cubre en primavera de malvas silvestres y cruje en otoño con las hojas muertas, atraviesa luego la espesura por donde los débiles rayos de sol de madrugada apenas pueden penetrar. De cuando en cuando, el vuelo de una paloma torcaz, con sus alas trepidando entre las copas de los árboles, rompe el leve rumor del bosque. Mucho más arriba, donde los pastizales comienzan

a emerger, está la casa, en el umbral de la floresta, a la orilla del arroyo que desciende entre las grandes piedras cubiertas de musgo.

Es una pequeña casa de piedra. Debe ser muy vieja a juzgar por sus carcomidos muros abiertos de hiedra. El tejado, hundido por el centro, aparece recubierto de losas irregulares de grandes dimensiones; donde las vigas de castaño no han resistido el peso de la pizarra, la paja ennegrecida de centeno sustituye a la antigua techumbre. Tiene tan solo dos ventanas pequeñas y una angosta entrada con cancella. Una piedra de gran tamaño, toscamente labrada, sirve de dintel.

.....

A veces, cuando recobro el resuello tras la dura ascensión, me gusta observar la casa. El humo que sale entre las losas tiene un color indefinido. En algunas ocasiones puedo ver a la anciana bajando a tomar agua del riachuelo con un cubo de madera. No sabría decir su edad. Parece que los años se han negado a reflejar su paso en aquel rostro. La veo siempre igual, el pelo gris y descolorido asomando por la pañoleta oscura, el rostro arrugado y marchito, su pausado andar encorvada sobre la vara de avellano. La ropa, que pudo ser negra, parece grisácea de puro descolorido. Calza zuecos de madera sobre medias de lana.

Esta anciana de edad indefinida me produce una extraña sensación a la vez curiosa y malévola. A pesar de que todo el pueblo rehuye hablar de ella,

yo he indagado algunas cosas. Sé, por ejemplo, de sus artes mágicas, de sus conjuros en las noches de luna llena, de su profundo conocimiento de las hierbas del bosque, de su grandeza y su miseria... y de su soledad...

.....

Mi familia está compuesta por padre y madre, mis dos hermanas, Gabriel el pequeño y Ramón el mayor. Cuando la primavera borra la nieve de la pradera que corona las suaves montañas, por encima de la mata de robles que puebla la falda, Ramón y yo subimos con el ganado.

En nuestra palloza tan sólo pernocta él; yo llego cada mañana con lo necesario para la jornada, regresando cuando la tarde comienza a extender su sombra más allá del Burbia. Hoy, poco antes de recoger el ganado, mientras comemos un poco de pan y queso, le pregunto a Ramón por ella. Me mira fijamente a los ojos, luego agacha la cabeza para decir:

— Mal asunto, Sebastián, mal asunto. Aléjate de ella, es... una bruja...

— Pero no hace mal a nadie.

Así parece, pero ella conoce los secretos del bien y del mal. Sabe cuando llegan las desgracias, adivina el futuro, cura el mal de amores, se comunica con las ánimas... Aléjate de ella, Sebastián, es una bruja y tú sólo tienes trece años.

.....

Anochece cuando, al bajar hacia el pueblo, me la he tropezado en medio del sendero. El sol ha calentado durante la siesta y, ahora, en el crepúsculo, negros nubarrones se ciernen sobre el cielo. El aire huele a tormenta. Nunca he sentido tan cerca su mirada y aquellos acerados ojos grises, brillando sobre las profundas arrugas de sus cuencas apergamizadas, se me clavan en el alma. Su sonrisa es casi una mueca cuando, enderándose a medias sobre una vara de avellano, deja oír su voz a la vez cascada y melodiosa, a la vez profunda y serena:

— Hijo mío, ¡acércate!

Como atraído por un imán me coloco junto a ella.

— Tú, hijo mío, eres el chico de Pedro. Tu padre es un hombre bueno, yo le conozco bien. Sé que eres un muchacho despierto y valiente, ven a verme cuando quieras. Yo conozco muchas cosas de las que no se aprenden en la escuela y te las puedo enseñar, son cosas de la vida, cosas útiles para el alma y el cuerpo. Ven a verme alguna vez, tú ya conoces mi casa, ven a verme... Si...

Se va alejando lentamente con su cesta de mimbre debajo del brazo, encorvada sobre su vara de avellano, mientras yo la observo como hipnotizado.

No he contado a nadie nuestro encuentro.

.....

Pasa el verano y, con los primeros fríos de octubre, mi hermano el mayor nos dice adiós. Su partida hacia tierras americanas deja un profundo vacío en la familia. Sin saber cómo, me siento un hombre.

He cumplido ya catorce años.

Este invierno es de los más fríos que se recuerdan. La nieve ha cubierto en noviembre los campos y la vida en la aldea se sume en un profundo letargo. Las chimeneas humean de día y de noche, el río está cubierto de hielo en sus orillas. Al calor del hogar, contemplando el fulgor de las llamas, a menudo pienso en Casilda la bruja. ¿Qué hará perdida en aquella soledad? ¿Cómo combatirá el hambre y el frío? ¿Será posible que no enloquezca sin más compañía que la de su gato y tal vez la del diablo?.

.....

A finales de abril, antes de que los álamos del borde del río abran sus hojas, me coloco el zurrón y, con ayuda de mi padre y mis hermanas, subimos el ganado hacia la cumbre. La nieve no ha desaparecido por completo, pero el mal año ha conseguido que el forraje almacenado se termine y los animales flaquean ostensiblemente.

Arreamos los dos centenares de ovejas y de cabras junto con las cuatro yeguas de vientre y, al filo del mediodía, avistamos nuestra palloza. El trabajo de la tarde consiste en reparar la techumbre, almacenar algo de leña y sustituir las tablas deterioradas del aprisco. Con el atardecer ellos se van y me quedo sumido en la más espantosa soledad.

El miedo se agarrota en mi garganta cuando la noche cae sobre el monte. Los crujidos de la palloza y los aullidos del lobo me hielan la sangre. Ni siquiera la presencia de Sultán, el fiel mastín de ojos enrojecidos y melancólicos, serena mi ánimo. Casi

sin darme cuenta me encuentro caminando en la noche hacia la casa de la anciana.

La puerta está cerrada, pero un leve resplandor se filtra a través de la ventana. Me acerco casi de puntillas y miro por el vidrio polvoriento. Allí está ella, como siempre, encorvada sobre la caldera de cobre que cuelga de los negros eslabones de hierro ennegrecido. ¿Estará preparando alguna pócima misteriosa? De repente me percaté de lo que estoy haciendo. No sé que me produce más temor, si la posibilidad de ser descubierto o el deseo de penetrar en la estancia. Lentamente me alejo cinco o seis pasos de la ventana cuando una voz, su voz, me deja clavado en el sitio.

— ¡Pasa, hijo mio!

.....

Han pasado algunos días y ahora la visito con frecuencia. A veces contemplo extasiado sus evoluciones sobre el cacharro de cobre y otras escucho sus historias fantásticas. Ella me ha enseñado que la frontera entre el bien y el mal es más ligera que el filo de una navaja, que la soledad sirve para encontrarse a uno mismo, que la naturaleza humana es tristemente uniforme y que la vida es tan fugaz como el vuelo de un ave. Con ella he aprendido a conocer las pequeñas cosas, a traducir los sonidos del bosque, a embriagarme de soledad hasta casi perder la razón y a calentar el corazón con el aguardiente de hierbas que prepara.

He podido ver como Casilda cura las enfermedades del cuerpo y las del alma. He visto a alguna mu-

chacha subir hasta su humilde casa y descender de nuevo despojada del fruto de su amor y del motivo de su vergüenza. He aprendido que el silencio puede ser tu mejor amigo y compañero y, cuando muera el otoño, será un hombre nuevo el que abandone las cumbres y retorne al dulce hogar que se añora a las orillas del Burbia.

.....

Hubo un tiempo en que, según los más viejos del lugar, las brujas frecuentaban nuestro valle. Fue hace muchos años, cuando los tribunales de la Santa Inquisición regaron copiosamente con su sangre las celdas de castigo y esparcieron al viento sus cenizas. Entre nuestras montañas encontraron refugio a la implacable persecución.

Mi abuelo, que había vagado varios años por los montes desde Ancares a Piedrafita enrolado en una banda carlista, nos contaba con frecuencia sus encuentros fortuitos, especialmente en las noches de luna llena.

— Nunca deis la mano a una bruja moribunda, —nos decía—. Su brujería pasaría a vosotros en el acto.

No sé por qué lo recuerdo ahora.

.....

Noviembre avanza y he de subir a la palloza para recoger los últimos enseres antes de que la nieve cubra las cumbres. Sultán me sigue con aire cansi-

no mientras asciendo la empinada cuesta. El día transcurre sin sentir y el atardecer nos sorprende sentados en una musgosa roca, contemplando las colinas que se pierden más allá del Cebreiro. Mientras coloco el grueso candado en la puerta de la palloza me percató de lo tarde que es. El cielo está nublado y el ruido del trueno, aún lejano, nos advierte de la tormenta que se aproxima. No quiero abandonar Campo del Agua sin decirle adiós a Casilda. Necesito también un trago de aguardiente para reconfortar el ánimo, pues intuyo que he de atravesar el bosque en plena tormenta. Cuando me acerco a la casa, gruesas gotas de agua comienzan a caer. Sultán se ha detenido en el umbral y, alzando la cara al cielo, deja escapar un penoso aullido. Por un momento un terrible presagio golpea mi cerebro y, como impelido por un resorte, abro la puerta y me coloco en medio de la estancia. Allí, junto al fuego mortecino, casi apagado, está ella.

Lo mismo que una llama se extingue relampaguea su mirada y en sus ojos, casi cerrados, veo reflejada la muerte. Con redoblado esfuerzo tiende la mano, mientras de sus labios brotan torpemente las palabras:

— Hijo mío, te esperaba.

.....

Lentamente aproximo mi mano a la suya mientras el latido del corazón me golpea en el pecho y en las sienas. Cuando nuestros dedos se rozan siento que el cerebro me explota y un grito desgarrador brota

de mi garganta. Sin saber cómo me encuentro en el bosque corriendo entre los árboles en el paroxismo de la locura. Las ramas de los robles me golpean el rostro a la vez que la tormenta desata su furia infernal.

Corro desesperadamente tropezando en las raíces y en las piedras, desgarrándome la ropa y la piel entre las zarzas y los acebos. Mil veces caigo y mil más reanudo la huída sin rumbo en la noche. Como si estuviese corriendo en círculos concéntricos en varias ocasiones aparece ante mí la casa a la luz de los relámpagos, como si el destino me empujase inexorablemente hacia ella. Por fin, agotadas las fuerzas, me derrumbo junto a un viejo tronco de castaño, roto el pecho entre sollozos.

.....

Hoy ha corrido en el pueblo la noticia: Un cazador que madrugaba en busca de la paloma torcaz encontró muerta a Casilda, muy cerca de su cabaña, junto a un gran tronco de castaño herido por el rayo, al que había llegado a rastras en los últimos estertores de su agonía. No sé por qué, yo... ya lo sabía...